

Y á esta desdicha, por fuerza  
Ha de seguirse el fracaso  
De quedar el que produce,  
Si no muerto, lastimado.

El ingenio es como el fuego,  
Que con la materia ingrato,  
Tanto la consume más,  
Cuanto él se ostenta más claro.

Es de su propio señor  
Tan rebelado vasallo,  
Que convierte en sus ofensas  
Las armas de su resguardo.

Este pésimo ejercicio,  
Este duro afán pesado,  
A los hijos de los hombres  
Dió Dios para ejercitarlos.

¿Qué loca ambición nos lleva  
De nosotros olvidados?  
Si es para vivir tan poco,  
¿De qué sirve saber tanto?

¡Oh si como hay de saber,  
Hubiera algún seminario  
O escuela, donde á ignorar  
Se enseñara los trabajos!

Qué felizmente viviera,  
El que flojamente cauto  
Burlara las amenazas  
Del influjo de los astros!

Aprendamos á ignorar,  
Pensamientos, pues hallamos  
Que cuanto añadido al discurso,  
Tanto usurparé á los años.

## FRAY MANUEL NAVARRETE.<sup>1</sup>

### EL ALMA PRIVADA DE LA GLORIA.

Para triste desahogo de la pena  
Que en lo interior me agita,  
Lloro la triste y espantosa escena  
Del alma en el instante  
Que escucha la sentencia de precita.

Vuelve á mis manos, vuelve,  
Mi cítara sonante,  
Que en más alegre día  
Acompañabas mis festivos versos:  
Hoy el numen resuelve  
Que lleves el compás de la elegía;  
Y por tonos diversos  
La acompañen tus cuerdas, entretanto  
Que desata los diques de mi llanto.

Luego que la memoria me presenta  
Como en vasto proceso mis delitos,  
De que se turba la horrorosa cuenta,  
Entonces la tormenta  
Crece de mis temores y conflictos:  
Y entonces, cual si fuese arrebatado  
Al tribunal temible  
Del Juez contra mis culpas irritado,  
Miro su rostro de furor bañado,  
Escucho de su boca la terrible  
Sentencia de dolor y llanto eterno:

1. Religioso franciscano. Nació en Zamora (Michoacán), el 16 de Junio de 1768. Murió en el Real de Minas de Tlapujahua el 19 de Julio de 1809.

Siento el brazo de un Dios irresistible  
Que me arroja á las llamas del infierno.

Desde que este cuidado me rodea,  
Melancólico vago por el mundo,  
Como hurtando el semblante á la alegría.  
Conformes sólo con mi triste idea  
Son tus lúgubres sombras, tu profundo  
Silencio, noche obscura. El claro día  
En vano para mí su luz enciende;  
La ciudad, su rumor, todo me ofende.  
El espanto se sigue á la tristeza,  
Y el más leve ruido  
Me parece el horrisono estallido  
De un rayo que me hiende la cabeza.  
La imagen de la muerte á cada instante  
Se me pone á los ojos;  
Pero aun más me horroriza tu semblante,  
¡Eterno Dios! de donde se desprende  
Contra mi alma el raudal de tus enojos  
Que en tu furor la enciende.  
¿Fallezco? En el instante me parece  
Que el hermoso espectáculo del mundo  
Con sempiterna noche se obscurece.  
Sale del hondo pecho el más profundo,  
El último suspiro, en que lanzada  
Va mi alma á tu presencia  
De crímenes horrendos acusada:  
Y herida de tu voz, como de un trueno,  
De tu justicia escucha la sentencia  
De tu eterno castigo irrevocable:  
Atérranla tus ojos, y el sereno  
Resplandor de tu rostro le parece  
Nube que anuncia rayo formidable  
Cuando truena el Olimpo y se enardece.

Id ahora, delicias de la vida,  
A dar algún consuelo  
A mi alma por vosotras afligida.  
Halagüeñas delicias. . . . no queda una  
De tantas que en el suelo  
Ciñeron el laurel á mi fortuna.  
Todas desaparecieron  
Como un sueño, de mi alma, y de repente  
Al caos de la nada se volvieron.

Vosotros, mis amigos, id ahora  
A socorrer á mi alma: ¿mas qué digo?  
¿Qué favor podrá ser ¡ay! suficiente  
A salvarla de la ira vengadora  
Del Todopoderoso su enemigo?  
¿Del Dios cuya invencible fortaleza  
Suscita las violentas convulsiones  
De la naturaleza?  
¿Que agitando los bravos aquilones  
Impele las soberbias tempestades,  
Inflama los oscuros horizontes,  
Estremece los montes,  
Y hasta el nombre les borra á las ciudades?  
¿Del Dios? . . . . pero el palacio refulgente  
Está viendo con pasmo el elevado  
Solio de aquel monarca omnipotente:  
La Emperatriz augusta que á su lado  
Goza de sus ternuras y caricias;  
Ángeles infinitos que agrupados  
Al rededor del trono están postrados;  
Las candidas doncellas  
Que en sus puras delicias  
Enguirnaldan la frente con estrellas;  
Santos todos; los justos bienhadados;  
La corte de los cielos. . . . ¡oh dichosa  
Morada! clama entonces la alma mía.

Allí estás, ¡oh mi madre venturosa!  
 Allí asomas con plácida alegría  
 Y deliciosa calma:  
 Gózate, pues ya tienes  
 Recompensado el mérito de tu alma:  
 Gózate ¡oh madre! en infinitos bienes.  
 Pero qué ¡la blandura de tus ojos  
 Con miradas crueles me retiras?  
 ¿Objeto de tus iras  
 El que sufre del cielo los enojos?  
 ¡Ay! vuélveme mi abrazo; abrazo estrecho  
 Que en el mundo te dí cuando espiraste  
 Y triste me dejaste  
 En abundantes lágrimas deshecho.  
 ¿No me oyes? ¿no me ves? ¿no me conoces?  
 ¡Ay! mírame por último agradable:  
 No seas inexorable  
 Al blando ruego de mis tiernas voces.  
 ¿Huyes de mi presencia?  
 ¿Ni una vista me pagas, ni un abrazo,  
 Al hacer una ausencia  
 De que es la misma eternidad el plazo?  
 ¿Con tu hijo tan cruel? ¿con un pedazo  
 De tu vida? ¡Ay de mí! con rauda vuelo  
 Te apartas de mis ojos. . . . ya te fuiste  
 Para otras partes del alegre cielo.

Pero ¿qué estoy mirando? ¡Caso triste  
 Para mí, y de dolor el más profundo!  
 Allí el cómplice está de mi pecado.  
 Y ¡cuántos que en el mundo  
 Conocí pecadores! ¡Oh! ¡dichosos,  
 Dichosos todos con envidia mía  
 Los que gozáis de Dios el dulce agrado,  
 Y os recrean sus ojos cariñosos!  
 ¡Dichosos! sí, mil veces, que ocupando

Las mansiones de luz, con armonía  
 De voces apacibles estáis dando  
 Gracias sin término á su Autor: al mismo  
 Que fabricó con manos eternas  
 Las cárceles horrendas del abismo,  
 Y encendió las hogueras infernales.

Allá me arroja con furor horrible  
 A gemir oprimido de cadenas  
 Que su mano terrible  
 Forjó para instrumento de mis penas.  
 Allá me precipita. ¡Qué caverna!  
 ¡Qué fuego abrasador! ¡Qué pestilente  
 Humo bosteza la tartárea boca!  
 He aquí el hórrido espectro de la eterna  
 Noche, el dolor, la cólera impaciente  
 Que sin cesar provoca  
 El llanto de los míseros precitos.  
 Hierve el lago infernal; la gruta brama  
 Con són horrendo de inflamada llama.  
 Los calabozos lóbregos á gritos  
 Ya parece que se hunden. ¡Qué molesto  
 Desorden!..... ¡Qué funesto,  
 Qué terrible lugar donde severo  
 Descarga Dios su brazo justiciero!  
 ¡Oh cuántos condenados  
 Como en ardientes hornos encendidos  
 Se ven amontonados!  
 Retumban con sus grandes alaridos  
 Las subterráneas bóvedas, y cuando  
 Los demonios..... ¿Qué es esto? Delirando  
 Atónito el discurso titubea;  
 Y cuando los demonios con horrible  
 Presencia..... Yo deliro  
 Con la fuerte impresión de la terrible  
 Imagen de esta idea.

Me agita el susto, y asombrado miro.....  
 Todo el infierno junto  
 Se le presenta á mi alma en este punto.

No me llames ¡oh Dios! aun todavía;  
 Mas cuando sea llevada el alma mía  
 A tu presencia augusta, oh Juez eterno,  
 No la arrojes, Señor, en el infierno.  
 Muévate mi congoja y mi gemido;  
 Mi corazón doliente  
 Que sale por los ojos derretido.  
 Quédate, adios, en lágrimas bañada  
 De este álamo pendiente,  
 Cítara triste, y á tu voz cansada  
 Prosiga de mis ojos la corriente.

**FRANCISCO MANUEL SANCHEZ DE TAGLE.<sup>1</sup>**

AL PRIMER JEFE DEL EJERCITO TRIGARANTE.

Por undécima vez su inmenso giro  
 Saturno perezoso recorría  
     Desque á la patria mía  
     Tristísimo suspiro  
 El generoso pecho trabajaba  
 Y ardiente llanto la mejilla araba.

Vanamente mil otros campeones  
 De indignación el grito levantaron,  
     Y tronchar intentaron  
     Los viejos eslabones  
 Que formando cadenas revolvían,  
 Y el cuello, piés y manos le oprimían.

No plugo al Cielo, valerosos hombres,  
 Víctimas de una patria agradecida;  
     Mas perdiendo la vida  
     Ganasteis claros nombres,  
 Que nunca sin dulcísima ternura  
 Habrá de pronunciar raza futura.

A tí solo, héroe invicto, hijo mimado  
 Del invencible Marte y de Minerva,

<sup>1</sup> Nacido en Valladolid (hoy Morelia) el 11 de Enero de 1782. Falleció en México el 7 de Diciembre de 1847.

A tí solo reserva  
Tamaña empresa el hado,  
Y al solo arrimo de tus fuertes brazos  
Caerán los eslabones á pedazos.

Alza y alimpia la morena frente,  
Matrona augusta, y los tus ojos bellos;  
Deja ondear los cabellos  
Al viento libremente,  
Y si es posible, tu ventura mide,  
Pues soberana te aclamó Iturbide.

¡Oh! salve, salve, venturoso día  
Por tres siglos ansiado vanamente;  
No pases, no, detente;  
Ni traigas noche umbría,  
Y aduérmanse tus horas apacibles  
En tapetes de rosa imarcesibles.

¡Oh libertad! ¡Oh dón del almo Cielo!  
Ya entre tus brazos cierras al indiano,  
Que en tu regazo ufano  
Descansa sin recelo,  
Y el ósculo le das en frente y sienas,  
Y en él ¡cuánta ventura! ¡cuántos bienes!

Pero antes ¡ay! el estallido horrendo  
De ominoso cañón el valle atruena:  
Mavorte desenfrena  
Mil iras, y blandiendo  
La enorme lanza con la diestra mano,  
Al lado va del héroe americano.

Un número sin nombre de guerreros  
Camina en pos del inmortal caudillo:

Muertes anuncia el brillo  
De afilados aceros;  
Y aun las deidades que en Olimpo habitan,  
Los héroes protegiendo, á lucha incitan.

¿Será, será que al Orco denegrido  
Bajen nuestros hermanos á millares?  
¿La libertad y lares  
A precio tan subido  
Habremos de comprar.....? Fuera tristura,  
Que O'Donojú la paz nos asegura.

Sobrehumano mortal, de España gloria,  
La agradecida americana gente,  
Mientras el Sol caliente  
Llor dará á tu memoria;  
Nuestro has de ser en tanto que animares;  
Dí eterno adios á los revueltos mares.

América, mil veces venturosa,  
Bendice de tu dicha á los autores;  
Desecha los temores;  
Descuidada reposa:  
Si el invicto Iturbide está contigo,  
Despreciable será todo enemigo.

Las naciones del viejo continente,  
Despertando del sueño del olvido,  
Ven el coloso erguido  
Que majestuosamente  
Acá, en el Nuevo Mundo, se levanta,  
Y asombradas admiran obra tanta.

Hossana, pues, hossana, mexicanos,  
Repitamos cien veces, y otras ciento,

En inmortal contento;  
 Y digamos ufanos:  
 ¡Vivan, por dón de celestial clemencia,  
 La Religión, la Unión, la Independencia!

**ANDRES QUINTANA ROO.** <sup>1</sup>

DIEZ Y SIES DE SEPTIEMBRE.

Ite, ait; egregias animas, quæ sanguine nobis  
 Hanc patriam peperere suo, decorate supremis  
 Muneribus.....

(V. En., L. XI.)

Renueva ¡oh Musa! el victorioso aliento  
 Con que, fiel de la patria al amor santo,  
 El fin glorioso de su acerbo llanto  
 Audaz predije en inspirado acento:  
 Cuando más orgulloso  
 Y con mentidos triunfos más ufano,  
 El ibero sañoso  
 Tanto ¡ay! en la opresión cargó la mano,  
 Que al Anáhuac vencido  
 Contó por siempre á su coyunda unido.  
 “Al miserable esclavo (cruel decía)  
 Que independencia ciego apellidando,  
 De rebelión el pabellón nefando  
 Alzó una vez en algazara impía,  
 De nuevo en las cadenas  
 Con más vigor á su cerviz atadas,  
 Aumentemos las penas,  
 Que á su última progenie prolongadas,  
 En digno cautiverio  
 Por siglos aseguren nuestro imperio.

<sup>1</sup> Nacido en Mérida (Yucatán) el 30 de Noviembre de 1787. Muerto en México el 15 de Abril de 1851.

“¿Qué sirvió en los Dolores, vil cortijo,  
 Que el aleve pastor el grito diera  
 De libertad, que dócil repitiera  
 La inmensa chusma con afán prolijo?  
 Su valor inexperto  
 De sacrílega audacia estimulado,  
 A nuestra vista yerto  
 En el campo quedó, y escarmentado  
 Su criminal caudillo,  
 Rindió ya el cuello al vengador cuchillo.

“Cual al romper las Pléyadas lluviosas  
 El seno de las nubes encendidas,  
 Del mar las olas antes adormidas  
 Súbito el austro altera tempestosas;  
 De la caterva osada  
 Así los restos nuestra voz espanta,  
 Que resuena indignada  
 Y recuerda, si altiva se levanta,  
 El respeto profundo  
 Que inspiró de Vespuccio al rico mundo.

“¡Ay del que hoy más los sediciosos labios  
 De libertad al nombre lisonjero  
 Abriese, pretextando novelero  
 Mentidos males, fútiles agravios!  
 Del cadalso oprobioso  
 Veloz descenderá á la tumba fría,  
 Y ejemplar provechoso  
 Al rebelde será, que en su porfía  
 Desconociere el yugo  
 Que al invicto español echarle plugo.”

Así los hijos de Vandalia ruda  
 Fieros clamaron cuando el héroe augusto  
 Cedió de la fortuna al golpe injusto;  
 Y el brazo fuerte que la empresa escuda,  
 Faltando á sus campeones,

Del terror y la muerte precedidos,  
 Feroces escuadrones  
 Talan impunes campos florecidos,  
 Y al desierto sombrío  
 Consagran de la paz el nombre pío.

No será empero que el benigno cielo,  
 Cómplice fácil de opresión sangrienta,  
 Niegue á la patria en tan cruel tormenta  
 Una tierna mirada de consuelo.  
 Ante el trono clemente  
 Sin cesar sube el encendido ruego,  
 El quejido doliente  
 De aquel prelado que inflamado en fuego  
 De caridad divina,  
 La América indefensa patrocina.

“Padre amoroso, dice, que á tu hechura,  
 Como el dón más sublime concediste  
 La noble libertad con que quisiste  
 De tu gloria ensalzarla hasta la altura,  
 ¿No ves un orbe entero  
 Gemir, privado de excelencia tanta,  
 Bajo el dominio fiero  
 Del execrable pueblo que decanta,  
 Asesinando al hombre,  
 Dar honor á tu excelso y dulce nombre?”

“¡Cuánto ¡ay! en su maldad ya se gozara  
 Cuando por permisión inexcrutable  
 De tu justo decreto y adorable,  
 De sangre en la conquista se bañara  
 Sacrílego arbolando  
 La enseña de tu cruz en burla impía,  
 Cuando más profanando  
 Su religión con negra hipocresía,  
 Para gloria del cielo  
 Cubrió de excesos el indiano suelo!

“De entonces su poder ¡cómo ha pesado  
Sobre el inerme pueblo! ¡Qué de horrores,  
Creciendo siempre en crímenes mayores,  
El primero á tu vista han aumentado!  
La astucia seductora  
En auxilio han unido á su violencia:  
Moral corrompedora  
Predican con su bárbara insolencia,  
Y por divinas leyes  
Proclaman los caprichos de sus reyes.

“Allí se ve con asombroso espanto  
Cual traición castigado el patriotismo,  
En delito erigido el heroísmo  
Que al hombre eleva y engrandece tanto.  
¿Qué más? en duda horrenda  
Se consulta el oráculo sagrado  
Por saber si la prenda  
De la razón al indio se ha otorgado,  
Y mientras Roma calla,  
Entre las bestias confundido se halla.

“¿Y qué, cuando llegado se creía  
De redención el suspirado instante,  
Permites, justo Dios, que ufana cante  
Nuevos triunfos la odiosa tiranía?  
El adalid primero,  
El generoso Hidalgo ha perecido:  
El término postrero  
Ver no le fué de la obra concedido;  
Mas otros campeones  
Suscita que rediman las naciones.”

Dijo, y Morelos siente enardecido  
El noble pecho en belicoso aliento;  
La victoria en su enseña toma asiento  
Y su ejemplo de mil se ve seguido.  
La sangre difundida

De los héroes, su número recrece,  
Como tal vez herida  
De la segur la encina reverdece  
Y más vigor recibe,  
Y con más pompa y más verdor revive.  
Mas ¿quién de la alabanza el premio digno  
Con títulos supremos arrebató,  
Y el laurel más glorioso á su sien ata,  
Guerrero invicto, vencedor benigno?  
El que en Iguala dijo:  
Libre la patria sea, y fuélo luego  
Que el estrago prolijo  
Atajó y de la guerra el voraz fuego,  
Y con dulce clemencia  
En el trono asentó la Independencia.  
¡Himnos sin fin á su indeleble gloria!  
Honor eterno á los varones claros  
Que el camino supieron prepararos,  
¡Oh Iturbide inmortal! á la victoria.  
Sus nombres antes fueron  
Cubiertos de luz pura, esplendorosa,  
Mas nuestros ojos vieron  
Brillar el tuyo como en noche hermosa  
Entre estrellas sin cuento  
A la luna en el alto firmamento.  
¡Sombras ilustres, que con cruento riego  
De libertad la planta fecundasteis,  
Y sus frutos dulcísimos legasteis  
Al suelo patrio, ardiente en sacro fuego!  
Recibid hoy benignas,  
De su fiel gratitud prendas sinceras  
En alabanzas dignas,  
Más que el mármol y el bronce duraderas,  
Con que vuestra memoria  
Coloca en el alcázar de la gloria.